

M E N S A J E

DEL

PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE COLOMBIA



CONGRESO DE 1878



H 248 P. 2, H 312 P. 3

203

BOGOTÁ

J. B. CASTAÑO, Editor

MENSAJE

DEL

PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE COLOMBIA



CONGRESO DE 1878



J. B. GAITAN, Editor.

BOGOTÁ

CALLE 5.ª AL NORTE, NÚMERO 18.

Ciudadanos Senadores i Representantes.

OS FELICITO por vuestra reunion constitucional, i como Magistrado i ciudadano me congratulo por el feliz principio de vuestros trabajos legislativos, los cuales completarán el restablecimiento de la paz afirmando la confianza i dando nuevo vigor a las fuerzas del pais quebrantadas por la guerra civil.

Elejidos vosotros despues de haberse cumplido los actos más importantes de la presente Administracion ejecutiva, vuestro juicio es sin duda el reflejo de la opinion que sobre esos actos han formado mis conciudadanos. Al llegar al término de mi período constitucional debo buscar ese juicio, i con tal objeto voi a daros cuenta no solo de la marcha de los negocios públicos en el curso del año pasado, sino de la política jeneral de la Administracion.

Designado para ocupar este eminente puesto despues de una encarnizada lucha electoral, me encargué del Gobierno en medio de uno de los más graves conflictos que han ocurrido en los últimos tiempos. Los partidos se hallaban coléricos e impacientes, i los ánimos divididos por odios intensos i recíprocas desconfianzas. Hai exaltaciones en los partidos que son señal de salud i pujanza, las cuales obrando como elementos extraordinarios del progreso, hacen ejecutar en pocos dias el trabajo de muchos años; pero hai otras que no son calor, sino fiebre que agota las fuerzas i aniquila a los partidos que no se sobreponen a ellas. De este carácter son las agitaciones que periódicamente han venido ocurriendo en las filas del partido liberal. Como escuela política los liberales no han estado en realidad divididos desde 1856. Sus disensiones no han tenido por causa las ideas, i esto explica por qué los debates a que esas disensiones han dado lugar, no han alcanzado siempre la elevacion que da al espíritu el exámen de las cuestiones abstractas. La prueba de ello es que cada evolucion electoral trae una nueva descomposicion de las fracciones liberales; los amigos del dia anterior pasan a ser los enemigos del dia siguiente, i los que eran adversarios se tornan en aliados. Estas frecuentes desorganizaciones en un partido que por largo tiempo ha estado ejerciendo el poder, son peligrosísimas cuando habiendo llegado los espíritus a un alto grado de exacerbacion, no se les presentan otros horizontes i nuevas aspiraciones. La continuacion de la lucha en tales casos exalta los ánimos hasta la desesperacion, i la vehemencia del sentimiento hace que aun

los mas jenerosos echen por caminos estraviados sacrificando el interes comun.

La alarmante division de los liberales, en presencia de la poderosa reaccion clerical que se venia efectuando en las filas del partido conservador, fué el objeto de mi más viva inquietud al aceptar la Presidencia de la República; pues no se me ocultaba que esa desunion era el principal aliciente para la guerra i el mayor peligro para las instituciones. No podia prometerme la union inmediata de las fracciones liberales; pero si esperaba calmar su irritacion, convencido de que en casos análogos aplazar las dificultades equivale a resolverlas. Sin dejar, pues, de propender por cuantos medios estuvieron a mi alcance a inspirar confianza a todos los partidos en que el Gobierno respetaria sus derechos e intereses lejitimos, observando fielmente la Constitucion, me contraje con especial esmero a promover la reconciliacion de los liberales; i ya vosotros conoceis los medios empleados i los resultados obtenidos.

Haciendo el debido honor al carácter de los liberales que combaticron mi eleccion, es justo confesar que jamas fundé mis esperanzas de reconciliacion en la distribucion de los destinos publicos, ni en combinaciones ministeriales, sino en dar prendas de lealtad a la Nacion. Estaba persuadido de que si ellos me creian sincero podia contar con el apoyo de su patriotismo; i no me equivoqué en esta apreciacion. La Nacion ha sido testigo de que cuando se dió el alarma i llegó la hora, no de distribuir recompensas sino de hacer sacrificios, pocos fueron los que vacilaron, raros los

que para decidirse se mantuvieron en expectativa de los resultados, i rarísimos los que se pasaron a los adversarios. El Gobierno depositó plena confianza en los que le habían sido más hostiles, i esa confianza fué correspondida con abnegacion i lealtad. Esto demuestra que si bien las disensiones entre los liberales han creado fuertes animosidades i antipatías, resfriado muchas relaciones, i cambiado en algunos la amistad en sentimientos acerbos, la conviccion i el alma del partido se hallan tan firmes i enteras como lo estaban cuando decretó la abolicion de la esclavitud i la libertad de conciencia.

Apaciguados los ánimos de las fracciones liberales, i unidos sus representantes en las Cámaras legislativas, las diputaciones conservadoras, que poco ántes habían suscrito un manifiesto en que se escitaba a los colombianos a reconciliarse i a sostener la nueva Administracion, se dieron a envenenar los debates parlamentarios, haciendo *casus belli* de la adopcion de algunos proyectos de la mayoría i amenazando con una guerra jeneral. La prensa opositora, que al manifestarse algun tanto satisfecha del nombramiento de los Secretarios de Estado había contribuido a infundir confianza en la rectitud de miras del nuevo Gobierno, prorrumpió otra vez en gritos de cólera, i se esforzó aunque en vano por desvanecer la impresion favorable al Gobierno que ella misma había contribuido a producir. El clero principió a agitar las poblaciones con pastorales i predicaciones incendiarías, que hicieron comprender que la reaccion ultramontana, considerando ya maduros sus trabajos, trataba de

alzar la cabeza revolucionariamente. Lo más recio de la agitación se hacía sentir en el Sur; i había motivos para creer que los Gobiernos de los Estados de Antioquia i el Tolima no eran extraños a ella.

Ante las amenazas de un movimiento armado, el Gobierno consagró su atención a desconcertar los trabajos de los revolucionarios por medios conciliatorios i concesiones equitativas, i a preparar cautelosamente la defensa para el caso de que las providencias pacíficas no diesen el resultado que se buscaba.

El pretexto escogido por el clero para agitar las poblaciones i arrastrarlas a la guerra civil era la instrucción pública. Los reglamentos nacionales sobre esta materia establecían que el Gobierno no intervendría en la instrucción relijiosa; pero que los trabajos de las escuelas se arreglarían de manera que esa instrucción pudiera darse por los párrocos a petición de los padres de familia. Estas disposiciones se hallaban en perfecta consonancia con la libertad relijiosa establecida en 1853 i ampliada en 1855 con el voto del partido conservador. Al abstenerse el Gobierno de dar enseñanza relijiosa, se abstenía por tanto de ejercer ninguna influencia sobre las creencias; i al permitir que en las escuelas se diese tal enseñanza del modo indicado en los reglamentos, se acataba, por una parte, la autoridad natural i civil de los padres para dirigir la educación de sus hijos, i por otra, se hacía a las iglesias la graciosa concesión de facilitarles el ejercicio de sus funciones como entidades docentes. A más de esto, siendo libre el establecimiento de escuelas, i

libres los padres para colocar a sus hijos en las que más les agradasen, no podía exigirse en el sistema de instruccion pública mayor liberalidad i respeto hácia las creencias establecidas. Apesar de esto, la mayor parte del clero se declaró contra las escuelas públicas, a las que denunció como ateas, i acusó al partido gobernante de haber organizado un plan de enseñanza con el objeto de destruir el catolicismo en el país. Tan grave acusacion, por absurda que fuese, debía naturalmente llenar de alarma a las familias i de irritacion a las poblaciones ignorantes i sencillas, a las cuales no llega otra voz que la de sus pastores. Las escuelas, especialmente en el Cauca, quedaron casi desiertas; i la influencia clerical llegó a tal extremo, que varios liberales empezaron a afiliarse en los clubs fundados por la reaccion fanática, con el nombre de "Sociedades católicas."

En estas circunstancias el Arzobispo de Bogotá, comprendiendo sin duda que la ciega oposicion del clero a la instruccion pública tenia que causar gran daño al catolicismo, solicitó del Gobierno la expedicion de medidas conducentes a alejar toda oposicion al plan de enseñanza, por motivos relijiosos. La solicitud del Prelado era justa en el fondo, i en aquellos momentos era ademas altamente patriótica; porque tendía a disminuir la fuerza de uno de los pretestos más peligrosos de que se servia la reaccion para subvertir el orden. El Gobierno, sin vacilacion alguna, dictó inmediatamente las disposiciones de que el Secretario de lo Interior dió cuenta al último Congreso, disposiciones que importa conservar por interes de la instruccion. El pueblo que se trata de educar

es católico, i si él pide que a sus hijos se les dé instrucción religiosa, no hai razón para no respetar ese sentimiento público, así como no la habria para dar esa instrucción a quien rohusase recibirla. Las escuelas no se han creado por vana ostentacion, ni para multiplicar el número de los empleos: su objeto es educar al pueblo, i los que sacrifican el buen éxito de este movimiento civilizador a cambio de mantener la simetría de las disposiciones escritas, demuestran más frivolidad que conviccion.

La aquiescencia del Gobierno a la peticion del Metropolitano tranquilizó a las personas sobre quienes este prelado ejerce influencia; i con la esperanza de aplacar de la misma manera la ajitacion producida por los Obispos del Sur, trató de conferenciar con el de Popayan el comisionado que por ese tiempo habia enviado el Gobierno nacional al Estado del Cauca; pero el engreido Obispo se denegó a recibirlo.

La soberbia de aquel Obispo contrapuesta al espíritu conciliador e ilustrado del Metropolitano, produjo espelente efecto en la opinion del Cauca. Los liberales que por sentimiento religioso se habian afiliado en las sociedades católicas vieron claramente que la ajitacion religiosa se promovia con miras políticas, que en los prelados habia más vanidad e ignorancia que sentimientos cristianos, i que la revolucion del Estado se haria con pretextos o sin ellos.

Una revolucion local del partido fanático contra el Gobierno del Cauca no presentaba peligros a la paz jeneral, pues habria sido prontamente reprimida por los ciudadanos del Estado. El peligro de una subversion del orden jeneral

estaba en los auxilios que franca o embozadamente pudieran dar a los revolucionarios los Estados limítrofes de Antioquia i el Tolima.

El Gobierno de Antioquia era acatado e influente en la Union. Sin dificultades interiores; libre de cuestiones con el Gobierno federal i con los de los otros Estados; bien obedecido, i con medios propios i auxilios nacionales para llevar a cabo empresas materiales de grande importancia, ningún Gobierno en Sur-América se encontraba en situacion más ventajosa que el de Antioquia para consagrarse a trabajar en beneficio de su pueblo. Allí no había controversias sobre instruccion pública, puesto que el Gobierno local tenía la direccion esclusiva de sus escuelas; ni la influencia del Gobierno federal se hacia sentir en el interior del Estado, que prácticamente estaba esento hasta del contingente militar. Los intereses del pueblo antioqueño eran tan manifiestamente contrarios a la guerra, que ni el Gobierno federal ni los Gobiernos de los Estados se habian opuesto a que Antioquia fuese aumentando constantemente sus parques, no obstante que esa medida podia ser justamente considerada como una amenaza para la seguridad futura de la Union. El establecimiento de un parque en Antioquia, con el solo objeto de mantener el órden interior del Estado, podria haber sido una medida prudente i una garantía de paz; pero acopiar gran cantidad de elementos de guerra, con el fin de ponerse a la mira de los acontecimientos, i hacerse, llegado el caso, el campeón de un movimiento reaccionario en toda la República, era un proyecto ambicioso que no podia ménos de acarrear al

Estado los males que le sobrevienen al que compromete sus verdaderos intereses para entrar en aventuradas empresas. A medida que el Gobierno de Antioquia iba aumentando sus parques, iba tambien perdiendo el tino, hasta que llegó al fin al extremo de creerse invencible: su voz adquirió un acento desagradable i ofensivo para aquellos a quienes iba dirigida, i el pais entero no tardó en notar que Antioquia se estaba convirtiendo en potencia militar encargada de explicar la Constitucion i de poner el *pass* a todos los actos de los altos poderes federales.

Antioquia no tenia razon alguna para apoyar una rebelion en el Estado del Cauca, con el cual mantenia estrechas relaciones de comercio; i por el contrario tenia fuertes motivos de conveniencia propia para que su Gobierno se esforzase en cultivar la amistad i merecer la confianza de los caucanos.

Un Gobierno puede desarmar una revolucion haciendo desaparecer las causas que la provocan; pero es casi imposible conjurar una guerra cuando no hai para ella otro motivo que la ambicion i ceguedad del agresor i la conviccion que él tiene de que sus armas son invencibles. Tan grandes eran, sinembargo, los intereses que el Estado de Antioquia tenia fncados en la paz, que bastaba que su Gobierno acertase a comprenderlos para disipar todo peligro de guerra jeneral. No perdí por tanto las esperanzas de llegar a este resultado; i con tal fin, acallando todo sentimiento de amor propio, hice cuánto me fué dable para inspirar confianza al Gobierno de Antioquia i apartarlo de la peligrosa pendiente